

La noche de reyes

En la bohardilla oscura, junto á la mesa llena de labor, la pobre viuda cosía unos remiendos deteniéndose á ratos, exhalando un suspiro del alma entristecida por la miseria y por el infortunio. La débil luz de una lámpara iluminaba aquel rostro pálido y demacrado antes de tiempo, lleno de dulzura, de bondad y de paciencia. Sobre los cristales caía con estrépito la lluvia y rugía el viento con fuerza de huracán. El frío intenso penetraba en la sala hasta hacer tiritar su frágil cuerpo, pero ella no se movía y su mirada fija vagaba en los recuerdos de un pasado cruel. Por fin el silbido lúgubre del viento hizo que despertara á la realidad.

“¡Qué noche, Dios mío!” murmuró santiguándose y al levantar la cabeza miró al niño que sentado á unos pasos de distancia entornaba los ojos de sueño.

La carita del niño recordaba la del padre, muerto hacía un año al caer de un andamio. Desde aquel día fatal en que lo trajeron muerto, María Dolores revestía el luto de una pena inconsolable aguzada por la miseria con sus trágicos horrores. La bohardilla era ahora un refugio donde trabajaba el día y parte de la noche para acabar su labor y miraba con ternura al chiquitín que tenía, entre sus brazos, un Polichinela descosido y mutilado, el mismo Polichinela que le había regalado el padre como donativo de los Reyes Magos.

María Dolores vió en el suelo los restos del muñeco, víctima de un mal trato inmerecido, y sintió una pena profunda de no poder reemplazarlo con regalos más bonitos, de tener sus manos vacías.

“¿Qué hacer, Dios mío?”... ¿Cómo le digo á esta criatura?... ¿Cómo hacerla sufrir á una edad en que no debe sufrir?... ¡Señor, piedad por esta criatura no acostumbrada todavía al llanto!...”

Pero el silencio contestaba á la plegaria y en la sala no se oía más ruido que el temblar de los cristales y sin embargo aquella madre en cuyo pecho ardía la fe no quería dejarse vencer por la miseria. La esperanza era su fuerza en la lucha de la vida; la esperanza que ilumina el alma...

El niño se movió en su silla y al abrir los ojos miró otra vez á la ventana, diciendo á media voz.

“...Dí, mamá... ¿Vendrán los Reyes?...”

“No lo sé, hijo; no lo sé” contestó su madre bajando los ojos... “Hace muy mal tiempo...”

“¿Y otros años no vienen, cuando llueve?”

“Otros años no llovía, hijo mío, por eso venían siempre”, dijo María Dolores temblándole un tanto la voz, al recordar el pasado.

“...¿Entonces... “pa” qué llueve hoy?...”, preguntó Angelito, sin comprender esos humanos contratiempos.

“¡Sabe Dios...”, murmuró María Dolores.